

“Era una carretela, nada resplandeciente en verdad, aunque fuerte y cómoda, como hecha para hacer largos viages por caminos no buenos; y de ella tiraban ocho mulas grises, fuertes tambien, aunque nada lozanas. Llevaba las riendas un cochero de chaqueta blanca y sombrero de alas anchisimas, é iba detras un lacayo, uno solo, vestido con la misma llaneza. Todo el aspecto de aquel tren indicaba bien claro que alli venian unos viageros, y completaba esta idea una circunstancia característica: encima de la cubierta venian amarrados dos sacos de noche.

“Nada de blasones, nada de brillantes jaeces, ni caballos soberbios, ni riendas doradas, ni lacayos con bordados.... Esto era capaz de desorientar á la multitud, cuyas ideas parecian trastornarse á la vista de aquel espectáculo que no respondia á sus preocupaciones con exterioridades deslumbradoras.

“Y sinembargo, alli venian los objetos de la pública ansiedad. Eran dos jóvenes hermosos que bondadosamente procuraban hacerse ver, aunque lo estorbaba mucho la importuna cubierta del carruaje. Los espectadores los conocieron, unos porque habian visto sus retratos, otros porque se lo dijo el corazon.

“Eran el Emperador y la Emperatriz.

“Los vivas y aclamaciones de la muchedumbre atronaron el aire, y SS. MM. respondieron á estas demostraciones del entusiasmo popular con bondadosos signos de agradecimiento, llevando el Emperador la cabeza descubierta.

“Asi continuaron, en medio de las manifestaciones mas ardientes de gozo, por bajo de los arcos verdes, á lo largo de la calle Principal; torcieron por la esquina de la de las Damas, y siguieron por ella hasta el atrio de la Parroquia, donde se apearon SS. MM. Allí fueron recibidos bajo de pabullo por los Sres. Obispos de Puebla y de Veracruz, el Sr. Cura Párroco y otros individuos del clero; y asi acompañados entraron en la iglesia á oír el *Te-Deum*.

“El templo estaba magníficamente alumbrado y adornado. El Emperador y la Emperatriz ocuparon sus asientos bajo el dosel. El señor obispo de Puebla entonó el sagrado himno, y durante la ceremonia SS. MM. edificaron á los concurrentes con las señales de religiosa piedad que allí dieron.

“Terminada la ceremonia, SS. MM. salieron del templo, las aclamaciones de la multitud se renovaron; y entonces presenció Orizaba uno de los espectáculos mas interesantes y tiernos que puede ofrecer un monarca á su pueblo y un pueblo á sus soberanos.

“El Emperador quiso ir á pié desde la iglesia hasta su palacio: tomó del brazo á la Emperatriz y echó á andar. Empezó á llover un poco, estuvo

á mano un paraguas, S. M. le tomó, se puso su sombrero, y siguió adelante, con la misma llaneza con que un hidalgo de provincia coge del brazo á su muger y la cubre con el paraguas si la lluvia los sorprende en la calle.

“Hé aquí, pues, al Emperador y á la Emperatriz de México, caminando á pié por una calle de Orizaba, no por la acera sino por el empedrado, mezclados con sus vecinos, estrechados por la multitud que se apiñaba en torno de ellos, confundidos con los indios, con los pobres, con todos los que se afanaban por acercárseles, y platicando familiarmente con los que iban á su lado.

“Es imposible describir las impresiones de esta escena. Ante ella desapareció lo grave de la ceremonia, y no quedó mas que una dulce admiración en el ánimo de los espectadores. Para acabar de enajenarlos, ocurrió un incidente que añadió al espectáculo nuevo interés.

“Iba delante el Ayuntamiento con sus mazas, y detras de este cuerpo marchaba el Sr. Prefecto político á uno ó dos pasos del Emperador. El Sr. Seoane, que hace pocos dias estuvo gravemente enfermo, no se habia restablecido del todo; ayer la fatiga del dia, las emociones del momento, agotaron sus fuerzas; su semblante palideció, sus piernas vacilaron, y ya iba á caer al suelo, cuando el Emperador se adelantó rápidamente y le levantó en sus brazos, invitándole afablemente á que se retirara á descansar. “Señor, respondió el Prefecto, mas que la vida vale estar cerca de V. M.”; y siguió con paso inseguro hasta palacio.

“Para ver estas cosas, para contemplar la noble presencia de los soberanos y oír su voz, los que iban delante, tornaban la cara y acortaban el paso, los de atrás avanzaban estimulados por el mismo afán; el orden profesional se trastornó al fin por completo, y muy pronto aquello no fué mas que un inmenso peloton donde bullian confundidos, miembros del Ayuntamiento, autoridades, hombres, mugeres y niños de todas clases y condiciones, descollando en medio de aquel hervidero la noble figura del Emperador, con su paraguas en la mano, y la figura graciosa de la Emperatriz, que se apoyaba en el brazo de su angusto esposo, sonriendo y saludando á la delirante muchedumbre.

“Así llegaron hasta palacio, donde otra escena de expansion popular se preparaba. Rodeado el Emperador del pueblo cuando llegó á su puerta, el pueblo entró sin ceremonia y subió con SS. MM. Los indios querian ver y conocer bien á sus soberanos, y no hubo remedio, llegaron hasta el salon.”

En Palacio habia una comision de señoras, que habian sido invitadas por el Prefecto municipal para recibir á la Emperatriz. Eran las siguientes.

tes: D.^{ca} Dolores Uruñuela de Seoane, esposa del Prefecto político; D.^{ca} Ana Teran de Herrera, esposa del Prefecto municipal; D.^{ca} Concepcion Arellano de Asvi, D.^{ca} Teresa Patiño de Vivanco, D.^{ca} Ignacia Seoane de Eizaguirre, D.^{ca} Josefa Bancel de Bernard, Sra. de Montoya, y Sritas. D.^{ca} Josefa Seoane y D.^{ca} Petra Bancel. Tambien se hallaban allí la señora esposa del general Salas, la Sra. Tagle de Adalid, y la Srita. D.^{ca} Guadalupe Almonte. Acompañaban á estas señoras los siguientes caballeros, vecinos de Orizaba: D. Tomás Grandison, D. José Antonio Vivanco Argüelles, D. Valeriano Madrazo, D. Julian Romanos, D. Juan Chavarri, D. José Bernard, D. Luciano Biart y D. Angel Ituarte.

Las señoras de la comision fueron presentadas á la Emperatriz por su primera Dama de Honor la Señora Quesada de Almonte, y despues de saludar afectuosamente á cada una de ellas, SS. MM. se retiraron á su gabinete, de donde volvieron á salir al cabo de breves instantes, para recibir al General De Maussion que se presentó con toda su oficialidad á felicitarlos.

En seguida entró en el salon el Ilustre Ayuntamiento con la comitiva oficial que habia estado en Escamela, y el Sr. Lic. Suarez Peredo, juez de primera instancia de esta ciudad, dirigió á SS. MM. un corto discurso, felicitandolos por su feliz llegada. Despues hizo lo mismo el Prefecto municipal en los terminos siguientes:

“Señor:

“El Ayuntamiento de Orizaba tiene hoy por segunda vez la honra de elevar su voz hasta V. M. I. para manifestarle los sentimientos de la poblacion que representa. Muy difícil es hacerlo dignamente, porque son sentimientos de amor, de gozo y de esperanza que nos eran desconocidos, y mal podremos expresar las emociones felices de una situacion que no tiene precedentes en nuestra triste historia.

“Esta ciudad bendice hoy con mas razon que nunca las ventajas de su situacion geográfica, porque á ellas debe la incomparable dicha de hospedar á sus soberanos, de regenerarse con su augusta presencia, de cambiar á su vista las negras memorias de un pasado infeliz por las dulces esperanzas de un porvenir venturoso.

“Todo nos dice que es un hecho providencial el espectáculo inaudito que estamos presenciando. Los desengaños de medio siglo pudieron bastar para que México adoptara la institucion salvadora de la monarquia; pero sin duda fué necesaria una inspiracion del cielo para llamar al trono al mas noble de los Príncipes con que se honraba la Europa: ¿y quién no

ve ademas el dedo de Dios en esa resolucion magnánima con que V. M. ha abandonado cuanto adora el mundo, para venir á sacarnos de los abismos de la anarquía en que nos hundieron nuestros errores?

“Señor: México sabe apreciar todo lo que hay de grande en esa abnegacion sublime, y responde á ella con toda la efusion de gratitud de que es capaz el corazon de un pueblo: por eso sostendrá con su amor ese trono que ha erigido por su interés; por eso V. M. reina ya en nuestros corazones y tendrá un trono en cada pecho mexicano: y por eso los leales hijos de Orizaba piden fervorosamente al cielo que derrame sus bendiciones sobre V. M. y sobre su imperial familia, para perpetua gloria de su nombre augusto, y para dicha de la nacion cuyos destinos le ha confiado la Providencia.”

El Emperador respondió á este discurso, diciendo al Ayuntamiento de Orizaba las palabras que siguen:

“Con particular satisfaccion recibimos yo y la Emperatriz mi esposa, vuestros buenos deseos. El amor con que nos brinda nuestra nueva patria, nos conmueve profundamente, y nos parece ser una dichosa señal de un feliz porvenir. Si todos nos unimos con el fin único de promover la grandeza y prosperidad duraderas de nuestro pais, la Providencia coronará entonces nuestros esfuerzos, y floreciendo el Imperio, los diversos departamentos y ciudades entrarán en verdadero progreso. Orizaba en particular, tiene un doble interés en la conclusion del ferro-carril, que me propongo no perder de vista, y creo que pronto llegará el dia en que saliendo la Emperatriz y yo de la capital, volvamos á visitaros por esta nueva vía abierta al vapor.”

Dirigiendose en seguida el Emperador á las autoridades de Orizaba en general, dijo lo siguiente:

“Al atravesar el territorio de mi nueva y bella patria, recibo con placer las demostraciones del pueblo generoso que me ha llamado á regir sus destinos.

“Plegue al Omnipotente el oír nuestros ruegos, y dar al Imperio la era de paz de que tanto necesita para conseguir su grandeza y bienestar.

“El beneficio de instituciones verdaderamente libres, un órden de cosas arreglado y duradero, unidos al desarrollo material que os ofrecerá los medios fáciles de comunicacion, os aseguran, en fin, la completa explota-

cion de la extraordinaria riqueza con que la Providencia ha favorecido á vuestro suelo sobre los demas de la tierra; mi gobierno fijará particularmente su atencion sobre vuestros intereses. Vosotros, señores, como órganos de ellos, me prometo que vigilareis con celo y patriotismo la ejecucion de mis órdenes y cuidareis de su puntual cumplimiento."

Mientras esto pasaba en la residencia imperial, una inmensa muchedumbre llenaba la calle en frente de ella, y pedía á gritos que los soberanos se asomáran al balcón para saludarlos. SS. MM. que se habian retirado un momento á su gabinete despues de la recepcion oficial, al oír aquellas voces, llamaron al Sr. Herrera para manifestarle su gratitud por la entusiasta acogida de que eran objeto, y le dijeron que iban á obsequiar los deseos de la multitud saliendo al balcón. El digno Prefecto salió con SS. MM. y obtenido el permiso que les pidió para victorearlos, levantó la voz prorumpiendo en vivas, y el pueblo le respondió con aclamaciones sin fin, que repitieron alegres los ecos de estas montañas.

Todo el mundo se retiró desde entonces, y SS. MM. pudieron descansar hasta la hora de la comida que se sirvió á las seis de la tarde, y fué de unos cuarenta cubiertos. A ella concurrieron, convidadas por orden del Emperador, las siguientes personas de Orizaba: Sras. D. ^{ca} Dolores Uruñuela de Seoane, D. ^{ca} Florencia Campos de Ituarte, D. ^{ca} Josefa Bancel de Bernard y Srita. D. ^{ca} Petra Bancel; y los Sres. D. Avelino Herrera, D. José Luis Ituarte, D. José Antonio Vivanco Argüelles, y Lic. Suarez Peredo. Tambien fueron convidados los señores obispos de Puebla y de Veracruz, aunque el segundo no pudo concurrir, y el Sr. Dr. Lara, Cura de esta ciudad, como igualmente el Sr. general De Maussion y el Sr. coronel del 7.º de línea. Entre las demas personas que tuvieron el mismo honor, se contaban los Prefectos político y municipal de Puebla, el Sr. Chimalpopoca y otros.

Despues de la comida pasaron SS. MM. al salón con todos los convidados, y allí hablaron un rato con cada uno de ellos. El Emperador se entretuvo particularmente con los vecinos de esta ciudad, manifestandoles que le agradaban mucho el clima, el campo, la vegetacion de esta comarca, y les prometió dar impulso á sus felices elementos, procurando la pronta conclusion del ferrocarril, que ha de contribuir poderosamente á desarrollarlos. Dos de las personas mas especialmente favorecidas con estas conversaciones del Emperador, fueron los Sres. Ituarte y Vivanco. Y mientras que el Emperador hablaba en este sentido á los caballeros, la Emperatriz embelesaba con su dulce voz á las damas, y penetraba en el corazon de las madres hablandoles de sus hijos. Duró esto hasta las nue-

ve de la noche, á cuya hora fueron despedidos los convidados, retirandose SS. MM. á descansar.

A las doce de la noche unos filarmónicos cantaron delante del Palacio un himno, cuya letra es del Sr. D. Miguel Carbajal, vecino de esta ciudad, y que se insertará mas adelante.

De este modo se pasó el dia en que los soberanos de México entraron en Orizaba. Fué el dia mas grande de esta ciudad, y su recuerdo será indeleble en la memoria de sus habitantes.

Los dos príncipes habian cautivado á todo el mundo con su hermosa presencia, con su amable familiaridad, y sobre todo con su sencillez encantadora. El traje del Emperador era aquel dia pantalon blanco, levita negra y sombrero aplomado de copa alta, sin ningun distintivo; el de la Emperatriz, vestido y manteleta de seda color de café, y sombrero del mismo color. El pueblo que habia visto ya sus retratos, los encontró simpáticos y bellos, tales como los esperaba.

El siguiente dia (1.º de Junio) á las nueve de la mañana, la Emperatriz recibió á una comision de señoras del barrio de la Angostura, que despues de felicitarla por su feliz llegada, la presentaron una sortija, y S. M. se la puso inmediatamente en uno de sus dedos, diciendoles graciosamente que siempre la conservaria como un recuerdo dulce de su transito por Orizaba.

A las diez fueron SS. MM. á pié á la Parroquia, á oír una misa rezada que celebró el Sr. Cura Párroco. Los acompañaban el Gran Mariscal de la Corte, el Ministro de Estado, el General Woll, dos Damas de Honor, los Prefectos político y municipal, una comision del Ayuntamiento y otras personas. El pueblo entero entró en la iglesia, contento de ver que no se necesitaban boletos para entrar, como el dia anterior.

Despues de la misa, el Emperador tomó del brazo á la Emperatriz, y fué á visitar varios establecimientos de educacion y beneficencia. Dirigieron primero al Hospital de los Dolores, donde el Emperador entró en el departamento de los hombres y la Emperatriz en el de las mugeres. Todo lo vieron, todo lo examinaron, todo lo preguntaron, y quedaron bastante satisfechos del orden que habia en aquel asilo de la desgracia. Ambos soberanos dejaron en él señales de su ilustracion, de su caridad y de su munificencia.

De allí pasaron á la Escuela gratuita que dirige el preceptor D. Rafael Amador, donde se informaron del método de enseñanza, hicieron varias preguntas á los niños, y vieron con gusto positivas muestras de sus adelantos.

Terminada aquella visita, regresaron á Palacio, para volver á salir á las doce á visitar el Hospital francés de San José de Gracia.

Vueltos á Palacio, y después del almuerzo, "viose al Emperador salir (*Indicador*) solo con su secretario de gabinete, y tomar á lo largo de la calle Principal. Nadie sabia por supuesto á donde iba tan sin acompañamiento. Preguntó en una botica dónde estaba la carcel; dieronle las señas, y torció por la esquina inmediata.

"En efecto, S. M. fué á la carcel sin anunciar su visita, porque quiso informarse bien del estado de las cosas en aquel lugar, y el medio mejor era presentarse en él sin que nadie le esperára."

Alguien espía sin embargo los movimientos del celoso Príncipe, y pudo hacer que su visita, aunque no esperada entonces, fuera recibida dignamente. Era el Prefecto municipal, que viendo la direccion que el Emperador tomaba, llamó al punto al regidor encargado de carceles D. Manuel Carrillo y á los jueces, y se presentó con ellos en la carcel para responder á las preguntas del Soberano. Los presos le esperaban de rodillas, con cañas y ramilletes en las manos, y le victorearon al entrar. S. M. los saludó con soberana cortesía y les mandó ponerse en pié, y en seguida entró á ver los calabozos. Al mismo tiempo que lo veía y lo escudriñaba todo, hacia infinitas preguntas hasta sobre los objetos mas insignificantes relativos al arreglo de la prision. En una de las piezas bajas habia una escalinata oscura y estrecha que conducia á unos dormitorios situados en el segundo piso. Al querer el Emperador subir por ella, el Prefecto municipal le manifestó respetuosamente que era demasiado incomoda. "Vamos á ver" dijo S. M. y subió delante. Cuando volvió á salir al patio, los presos empezaron á pedirle gracia, unos disculpandose de sus delitos, otros protestando su inocencia, y muchos de ellos le presentaron memoriales que el Sr. Iglesias recogió. S. M. los consoló á todos, ofreciendoles imponerse de sus causas y concederles toda la gracia que fuera compatible con la justicia, como lo verificó segun se verá despues.

Aquel día hubo en Palacio una escena digna de los tiempos patriarcales. El señor cura del Naranjal se presentó á SS. MM. con el alcalde y un regidor de aquel pueblo, dos vecinos que tenian el encargo de *topiles*, especie de alguaciles á las ordenes de los jueces, y dos jóvenes indias. El alcalde dirigió á S. M. el siguiente discurso en idioma azteca:

"No mahuistiloni tlactocatziné, nican tiquimopielia mo ieno masehual conetzitzihua, ca san ye ohualaque o mitzmotlaepalhuitzinoto, ihuan ica tiquimomachtis ca huel senca techyolpaqui mo hualialitzin ipampa itech tiquita aco se cosamalotl quixitintihuitz inon mexicolismixtl nesi ye omochautihea ipan to tlactocayotl. In senhulitini mitztitlania, ma yehuatzin mitzmochicahuili ica titeclmaquixtis. Nis tiquimopielia inin maxochtzintl,

quen se machiötl in tetlasotla litzin, mitzmo maquilia mo xocotitlan conetzitzihua."

Este discurso fué traducido inmediatamente al castellano por el Sr. Chimalpopoca, y decia asi:

"Nuestro honorable Emperador, aquí tienes á estos pobrecillos indios hijos tuyos, que han venido á saludarte, y á que sepas que les alegra mucho el corazon tu venida, porque en ella ven á manera de un arco-iris, que desbarata las nubes de discordia que parece se habian avvicinado en nuestro Reino. El Todopoderoso es el que te manda: que él te de fuerzas para que nos salves. Aquí está esta flor: mira en ella una señal de nuestro amor: te la dan tus hijos del Naranjal."

El Emperador contestó en los siguientes terminos, que estaban sin duda en consonancia con el candor y primitiva sencillez de los del alcalde indigena:

"Me es muy grato, mis queridos hijos, recibiros en comision de vuestro pueblo; porque es una prueba de la confianza que debeis poner en mí para lograr la paz y el bienestar de que tanto tiempo habeis carecido.

"Podeis contar con el solícito empeño que tomaré para proteger vuestros intereses, fomentar vuestras labores y producciones agrícolas, y mejorar en todo vuestra situacion, y así podeis anunciarlo á los habitantes del Naranjal."

Las palabras del Soberano fueron repetidas por el interprete á los indios en su idioma, de esta manera:

"Cenca no huey paqueliz, no tlazo pilhuane, in anhuahmicaque cetilizca ipampa anno altepézin: Yuhquion an quimo eittitilia inhuei yolchicahuilztl in anqui mo lalilia no maepan mic axilo loz paccayotl ihuan in cual ye liztle in yehuecauh amo anquino pielia.

"Ma xiemo machitican ca niauh niclchihuaz mochi tein monequi inie nie palehuiz tein anno axecatzin, nie yolchicahuaz amo quitzin ihuan mochi milpan tlachihualiztl ihuan nie yec tlaliz amo nemilitzin. Yuhquinon xi-quin molhuilcan in ompa Naranjal tlaca."

En seguida fueron presentados los regalos indigenas. El alcalde y el regidor entregaron á S. M. dos ramilletes en forma de abanico tegido de palma, y con siemprevivas blancas y moradas; los dos *topiles* unas pencas de platanos blancos, producto de su pueblo; y las dos indias regalaron á la Emperatriz una canastita con un pañuelo y una tortola. La joven Princesa se puso á acariciar con inocente gozo al inocente pajarito, y mandó inmediatamente buscar una jaula para llevarsele.

Aquella escena entre los Soberanos de un gran pueblo, hijos de cien reyes, y unos humildes indios del pais de Moctezuma; aquellas frases del tiempo antiguo; aquellos regalos campestres, aquellas indias, aquella tortola, simbolo de la inocencia de los pueblos infantiles; todo fué tierno y encantador para los que lo vieron, y muchos de ellos lloraron.

El Emperador mandó entregar aquel dia al Prefecto municipal trescientos pesos, para que diera ciento al Hospital de hombres, otros ciento al de mugeres, y los ciento restantes á los pobres de la ciudad mas necesitados.

Infatigables el Emperador y la Emperatriz, salieron de nuevo á pié poco despues de haber recibido á los vecinos del Naranjal. El *Indicador* de aquella tarde decia: "Poco antes de entrar en prensa este periódico, han vuelto á salir de Palacio. El sol calienta bien: la Emperatriz se cubre con una sombrilla, y se apoya en el brazo del Emperador. ¿Adónde van? No lo sabemos. Probablemente á derramar consuelos y esperanzas en el asilo de los desgraciados y en los planteles de la juventud.

"Pocos van ahora detrás de SS. MM. Pasan sin ruido, como las virtudes modestas. La gente los ve pasar como á unos vecinos viejos. Ya no hay gritos; pero hay miradas de amor y bendiciones."

Iban en efecto á lo que decia el periódico de Orizaba. Primero se dirigieron al Colegio Nacional, cuyo rector el Lic. D. Aniceto Moreno, fué presentado por el Prefecto municipal á SS. MM. presentando él á su vez á los catedraticos. En seguida visitaron la escuela gratuita de niñas que dirige la Sra. D.^{ca} Ana Barrientos, donde oyeron con placer varios trozos de religion que de memoria recitaron algunas niñas, y vieron diferentes planas, costuras y bordados, recibiendo de la directora, como un obsequio, dos pañuelos de los que habian presentado sus discipulas en el último exámen.

Muy complacidos de lo que habian visto y observado en esta escuela, pasaron á la de niños, gratuita tambien, que dirige el Sr. D. Plutarco Amador, cuyos alumnos presentaron á SS. MM. buenas muestras de sus adelantos en la escritura, y respondieron satisfactoriamente á las preguntas que les hicieron sobre diferentes materias, principalmente sobre Geografía.

En todas estas visitas el Emperador y la Emperatriz pasaban largos ratos examinando á los niños y niñas con una paciencia y una solicitud, decia el *Indicador*, que harian honor á dos Escolapios de vocacion mas decidida. Escusado es añadir, decia tambien, que los bolsillos de los niños nada perdieron con las visitas de los soberanos: para cada uno tuvieron su monedita de oro.

Cuentase que en una de estas visitas la Emperatriz tuvo ocasion de pronunciar palabras de una fiereza soberana. "En una de las escuela de esta ciudad, decia el *Indicador*, SS. MM. se pusieron, como de costumbre, á examinar á los niños. Preguntado uno de ellos cuales son los límites del Imperio mexicano, respondió que antes lo eran por el Norte el Sabina y los desiertos del Oregon, pero que ahora lo son el Bravo y la Mesilla. El muchacho dió en suma con su respuesta la triste historia de las pérdidas de México.—"Bueno es, dijo la Emperatriz, que los niños mexicanos sepan cuales fueron antes los límites de su patria."

Comieron aquella tarde en la mesa imperial las Sras. D.^{cas} Ana Teran de Herrera, D.^{ca} Teresa Patiño de Vivanco, Sra. de Biart y Srita. D.^{ca} Josefina Seoane, los Prefectos político y municipal Sr. Seoane y Sr. Herrera, el general Galvez, el general Tamariz, los Sres. D. Tomás Grandison y D. Valeriano Madrazo, el subprefecto de Zongolica D. Anastasio Amador, el Presidente de aquel Ayuntamiento D. Luis Frentanes; D. José Pablo Barrientos, cura de Tequila; Lic. D. Francisco Pineda, cura de Ixtasoquitlan; el juez local, Lic. D. Roman Valderrama; Lic. D. Aniceto Moreno, rector del Colegio nacional; los preceptores D. José María Ariza y D. Plutarco Amador, un discípulo de este, y el juez de paz del pueblo del Naranjal.

Despues de la comida pasaron los convidados con SS. MM. al salon; y pasadas las presentaciones de costumbre, se retiraron los soberanos á las ocho y media á disponerse para el baile con que fueron obsequiados aquella noche.

Este baile se dió en la casa del Sr. Bernard, y aunque improvisado realmente, nada dejó que desear, ni por el adorno de los salones, ni por lo exquisito del ambigú, ni mucho menos por la elegancia y buen gusto de los concurrentes. Fueron comisionadas para disponerle las Sras. D.^{cas} Ana Teran de Herrera, D.^{ca} Concepcion Arellano de Asvi, D.^{ca} Josefina Bancel de Bernard y Sra. de Biart, y los Sres. D. José Bernard, D. Manuel Eizaguirre y D. Angel Ituarte.

SS. MM. se presentaron á cosa de las diez. Varios soldados franceses estaban situados desde la esquina de la casa hasta la puerta con hachas de cera para alumbrarlos, y fueron recibidos á la entrada por la comision de

señoras y caballeros, las autoridades, y casi todas las personas que ya entonces se hallaban en aquel sitio.

En cuanto entraron SS. MM. empezó el baile, formandose la primera cuadrilla de honor del modo siguiente:

El Emperador con la Sra. de Almonte.

La Emperatriz con el general Almonte.

El Sr. Arroyo con la Sra. Bernard.

El general Woll con la Sra. Herrera.

El general De Maussion con la Sra. Adalid.

El Lic. Suarez Peredo con la Señorita Seoane.

SS. MM. quisieron honrar la fiesta bailando otra cuadrilla, y en ella el Emperador eligió por compañera á la Sra. Herrera, tomando por compañero la Emperatriz al general De Maussion, y formandose las otras parejas de este modo:

El general Brincourt con la Sra. Almonte.

El Sr. Gonzalez con la Señorita Barcena.

El general Herran con la Señorita Almonte.

El Sr. Gargollo con la Señorita Bancel.

A las doce se retiraron SS. MM. sin haber tomado nada, diciendo sencillamente que no acostumbraban tomar nada de noche. Al salir fueron despedidos con las más ardientes muestras de amor y respeto, saliendo hasta la calle, además de las personas de la comision, la mayor parte de los concurrentes.

El baile continuó animado y alegre hasta cerca de las seis de la mañana, con no poco gusto de las hermosas damas y apuestos caballeros que á él concurrieron. El Sr. Bernard y su familia respondieron digna y noblemente al honor que los Soberanos y la ciudad hicieron aquella noche á su casa.

El dia siguiente (2 de Junio) á las diez de la mañana, la gente se agolpó en el atrio de la iglesia del Calvario para ver á la Emperatriz, que fué á oír misa en ella y á visitar despues á las monjas carmelitas de aquel convento. Llamó mucho la atencion la sencillez con que se presentó aquella mañana. Iba casi sola, pues no la acompañaban mas que tres ó cuatro personas de la casa imperial. Una pequeña carretela con dos mulas, propia de un vecino de esta ciudad, un cochero de blusa y un solo lacayo, formaban todo el tren de la hermosa soberana. Al entrar en la iglesia, y mas todavia al salir, se la vió pasar con trabajo entre la multitud de mugeres que alli estaban, é ir del mismo modo desde la puerta de la iglesia hasta la entrada del convento. Fué alli recibida por su capellan el Presbitero D. Joaquin Rodriguez, el Sr. Cura Párroco y otros eclesiasticos.

Las Religiosas esperaban en dos hileras, y al entrar la Emperatriz, la Superiora le dió respetuosamente la bienvenida, contestando S. M. en los terminos mas afables. Al abrirse la clausura ante las plantas de la soberana, abrióse tambien para el pueblo que afanoso la seguia, y la multitud penetró en aquellos estrechos claustros, donde muy pronto se vieron mezcladas las austeras hijas de Santa Teresa con las gentes del mundo. Se habia preparado un modesto refresco, y S. M. lo aceptó sentandose á una mesa, delante de la cual se colocaron las monjas en dos bancos. La Superiora les mandó alzar los velos en obsequio de S. M. y permanecieron con la cara descubierta mientras duró el refresco. Los ojos profanos que vieron aquellos rostros angelicales, y examinaron por dentro aquellos sagrados muros, no los volverán á ver, porque no es facil que ocurra otra vez un hecho como el que se acaba de recordar, durante la vida de los que le presenciaron.

¿Qué hacia el Emperador, mientras su augusta Esposa visitaba á las monjas capuchinas? “No lo sabemos, decia el *Indicador* el dia siguiente, pero á buen seguro que no estaria ocioso, porque no ha perdido un momento. Todo lo ha visto, de todo se ha informado, todo lo ha examinado minuciosamente, no por mera curiosidad, sino para dar impulso á todo lo bueno y remediar todo lo malo. El Emperador conoce ya todas las circunstancias de la ciudad y de la comarca, mejor que sus mas antiguos habitantes.”

Tenia razon el periódico: no estaba ocioso S. M. Mientras la Emperatriz visitaba á las monjas, el Emperador se ocupaba en leer los memoriales que le habian dirigido los presos, y en dar audiencia á varias personas que lo habian solicitado. En esto se pasó la mañana, y por eso no pudieron SS. MM. dar un paseo á caballo por los alrededores de la ciudad, aunque habian pensado hacerlo á las once. Dejóse para las cuatro de la tarde, á cuya hora todo estaba dispuesto, habiendo convidado el Sr. Herrera á varios particulares para que acompañáran á caballo á los Emperadores. Impidiólo una ligera lluvia que sobrevino, y entonces dispuso el Emperador ir en coche á visitar la magnífica fabrica de Cocolapam, que se halla como á una milla de esta ciudad. S. M. lo examinó todo con inteligente atencion, acompañado, entre otras personas, por el Sr. D. Tomas Grandison, el recomendable administrador de aquel establecimiento. Hablando de esta visita, decia el *Indicador* el dia siguiente:

“En la tarde SS. MM. fueron á visitar la hermosa fábrica de Cocolapam. Su intencion era ir á caballo, pero empezó á llover un poco, y no fué posible. El Emperador lo examinó todo con minuciosa proligidad en aquel establecimiento, como quien tan entendido es en todo lo que se refiere á las cosas que forman la prosperidad de las naciones.

“Después de visitar la fábrica de hilados y tegidos, SS. MM. pasaron á la de papel. En el tránsito de una á otra se les vió marchar por encima de la yerba algo mojada, con la gente que había acudido á verlos. Mas de una vez la Emperatriz se encontró sin poderse colocar al lado de su augusto esposo, porque algún individuo del pueblo se interponía entre los dos, y era de ver como alzaba su vestido para que no se le manchára en el suelo humedo, como pudiera hacerlo una señora yankee, acostumbrada á estos cuidados de las que andan á pié.”

Cuando volvieron SS. MM. de Cocolapam, dieron una vuelta por el llano del Borrego. La tarde estaba ya serena y apacible, y se aparearon un rato en la Alameda á contemplar los pintorescos montes que rodean á Orizaba.

Aquella tarde no hubo convidados en la mesa imperial: el Emperador y la Emperatriz comieron solos en su gabinete, y el Gran Mariscal de la Corte presidió la mesa que se sirvió á las personas de Palacio.

El Ayuntamiento había preparado para aquella noche unos vistosos fuegos artificiales en la Alameda, y la Junta de comercio había mandado hacer un elegante templete para que SS. MM. los presenciáran. En él fueron recibidos á las nueve de la noche por la comisión de señoras y por las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, que los acompañaron hasta la conclusion de aquel espectáculo. Este fué el último con que la ciudad de Orizaba pudo obsequiar á los Emperadores, porque el día siguiente partieron.

Orizaba fué la primera poblacion del Imperio que tuvo ocasion de conocer el carácter de los soberanos, y tuvo tambien la fortuna de ser la primera en transmitir al resto de la nacion las felices impresiones que produjo su presencia en el espíritu público. Había dudas sobre la monarquía, había preocupaciones, y había tambien enemistades. Todo lo disiparon al momento el Emperador y la Emperatriz con su amable familiaridad, con su sencillez, con su llaneza si se nos permite esta palabra. El pueblo los encontró piadosos en los templos, caritativos en los hospitales, amantes de la ilustracion en las escuelas, nobles, generosos y buenos en todas partes. Al verlos en la calle á pié, rozarse con los pobres, hablar á los humildes y consolar á los desgraciados, las dudas cesaron, las preocupaciones desaparecieron, y las enemistades se acabaron como por encanto. La imagen de la monarquía no se presentaba en ellos como la pintára la pasion de sus enemigos, tétrica, sombría, aterradora y ultrajante para la dignidad humana: era una imagen dulce, apacible, paternal y consoladora.

Cuéntase que un día en que el Emperador salió casi solo por las calles de Orizaba, tres ó cuatro republicanos se propusieron hacerle un desaire, permaneciendo sin descubrirse cuando pasára cerca de ellos. Se coloca-

ron en una esquina, y aguardaron resueltos la ocasion de llevar á cabo su proposito. Al llegar el Emperador junto al grupo de los demócratas, los miró con su mirada de magestad y de dulzura, quitandose al mismo tiempo el sombrero con su ordinario ademán de franqueza y cortesía: y ellos, sin ser dueños de sí mismos, y como movidos por un resorte, se descubrieron la cabeza para contestar al saludo del Soberano.

Esta especie de fascinacion que el egregio Príncipe ha ejercido sobre todo el mundo, modificando las opiniones de los mas intransigentes, y convirtiendo en su favor á los que podian serle mas hostiles, es uno de los efectos mas notables de su carácter. Por eso, hablando de las conversiones que ha hecho el Emperador con sola su presencia, suele decir agudamente una persona ilustrada de esta ciudad: “Todo eso lo hace el sombrero aplomado.”

De todos los habitantes de esta comarca, los indios fueron los que experimentaron un gozo mas cabal con la llegada de los Emperadores. Cuando estos hicieron sentar á su mesa en Córdoba á los alcaldes de Amatlán y Calcahualco, al momento se supo este hecho inaudito en todas las poblaciones indias de treinta leguas á la redonda; la raza indígena se sintió ennoblecida y regenerada, y sus individuos dejaron de ofrecer su habitual aspecto de tristeza y de servidumbre, para saludar alegremente al nuevo orden de cosas que venia á redimirlos y ampararlos.

Las musas de Orizaba consagraron tambien dulces ecos á cantar la llegada de los soberanos. Ya dijimos que el Sr. Carbajal había hecho un himno que se cantó delante de la residencia imperial el 31 de Mayo á las doce de la noche. Hé aquí esta composición:

A Fernando Maximiliano I, Emperador de México, el último de sus súbditos dedica el siguiente himno:

CORO.

*Al invicto Monarca que el cielo
Nos concede cual bien salvador,
Entonémosle gratos cantares
Dedicándole este himno de honor.*

*Ya la America alegre depone
Su angustiado semblante de duelo,
Porque vé renacer en su suelo
Un risueño y feliz porvenir;*

De Miramar á México.

Y su prole afanosa dispone
 Lucrativos trabajos doquiera,
 Porque siente que ya no es quimera
 El Imperio en que empieza á vivir.

Al invicto &c.

Con la paz, garantías y derechos
 Que se impartan desde hoy al indiano,
 Serán leyes que dé el soberano,
 Y que mutuos sabrán respetar:
 Mexicanos harán con sus pechos
 Un baluarte al Monarca querido,
 Que de allende la mar ha venido
 Nuestra patria abatida á salvar.

Al invicto &c.

La discordia civil que ha imperado
 Desbordando las fuentes del vicio,
 Hoy caerá en el fatal precipicio
 Donde á todos nos iba á arrojar:
 El hipócrita, el vil, el malvado
 No podrán domeñar la justicia,
 Ni tampoco su negra malicia
 Al incauto podrá avasallar.

Al invicto &c.

Ora todo respira contento
 Porque todo presagia ventura,
 Porque ya el mexicano asegura
 Garantías que desde hoy gozará.
 Ya saldrán del estado violento
 Sus costumbres y creencias sagradas,
 Desde hoy mas se verán respetadas
 A la sombra que el trono les dá.

Al invicto &c.

Las feraces é incultas campiñas,
 Y montañas de cedros copadas,
 Ya muy pronto serán cultivadas
 Por los que hoy destrozándose están:
 No viviendo en sacrilegas riñas

De Miramar á México.

Medrarán el comercio y las artes,
 Y envidiada será en todas partes
 La nacion que en progreso verán.

Al invicto &c.

Nadie duda que en México siendo
 Coronado el invicto Fernando,
 Unirá á la Nacion en un bando
 Para hacerla por siempre feliz:
 Y el Eterno que ve desde lo alto
 A los reyes que ocupan el suelo,
 Le depara sin duda en el cielo
 Otro trono despues de morir.

Al invicto &c.

Tambien se publicaron entonces estos otros versos:

*A S. M. el Emperador de México dedica su mas humilde súbdito
 el siguiente soneto:*

A disfrutar de las virtudes vamos
 Que te caracterizan ¡oh extranjero!
 Por ellas con afecto el mas sincero
 La corona en tus sienas colocamos.

Cual arco-iris de paz hoy te miramos
 Y tambien como á padre verdadero,
 Que fuerte, amante, justo y placentero
 Nos ponga en la quietud que ambicionamos.

La nacion mexicana en tí creyendo
 Tener su salvacion asegurada,
 A tí toda se entrega, lo estás viendo;

Tu harás que esta ilusion sea realizada
 Para que ahora y siempre esté diciendo:
 ¡VIVA MAXIMILIANO! estoy salvada.

María Braulia Trigos de Carbajal.

A la amable Emperatriz de México dedica su mas humilde súbdita

B. T. de C. el siguiente soneto:

En tí, Carlota, reina la mas bella,
En tí México pone su esperanza,
Porque espera gozar de bienandanza
Bajo la influencia de tan clara estrella.

Tu eres la luz que sobre nos destella
Alumbrando una senda de confianza,
Por la cual marcharemos sin tardanza
Siguiendo tu virtuosa y firme huella.

Salve, querida Ester, Judit valiente,
Dévora maternal, salve á toda hora,
Pues que á salvarnos vienes diligente.

Acepta mis elogios ¡oh señora!
De elocuencia carecen ciertamente,
Pero habla el corazon de quien te adora.

María Braulia Trigos de Carbajal.

OCTAVA.

Ya no suena el clamor de la anarquía,
A su muerte suceden paz y calma;
Ya miro respirar la patria mía
Y en su alegre expansión reposa el alma.
Nuevos bienes se gozan cada día,
Señala la victoria una gran palma,
Palma armoniosa que une como hermanos
Al pueblo y sus augustos soberanos.

SONETO.

Acércase ya la Era venturosa
Tan deseada del pueblo mexicano,
Estréchase el hermano con su hermano,
Finaliza la guerra desastrosa.

Una mano le estiende generosa
La Francia y su augustó soberano,

Y á socorrer á un pueblo que es su hermano
Sus ejércitos manda presurosa.

El Dios de las naciones ha querido
Desde el sólio divino en que reposa
Volver la paz á un pueblo desvalido;

Y el gran Maximiliano con su esposa
Son llamados del cielo soberano
A regir el Imperio mexicano.

La presencia de los soberanos inspiró una bella improvisacion al Sr. D. Luciano Biart, vecino de Orizaba, tan recomendable por su carácter como respetado por su talento. De sus hermosos versos franceses se hizo una traduccion que reproducimos aquí, aunque no sea ni sombra del original, como dijo con razon el traductor al publicarla entonces. Dice así:

“AL EMPERADOR.

“Señor, estad contento! Orizaba la bella, ceñida de sus grandes montes de eterna verdura, tendida á la sombra de un volcan como una hermosa jóven al lado de un gigante; Orizaba, que lleva por divisa, en su frente dulce clima, suelo fértil, amenidad y franqueza; Orizaba, la criolla de lindos perezosos brazos, que cuelga de los naranjos sus muelles y sedosas hamacas, que en indolente actitud deja mojar su manto de flores en manantiales de agua cristalina; la bella de cielo azul, que vé volar en su pura atmosfera pájaros de plumage de oro, y tiembla como un niño cuando la bruma envuelve sus montañas; Señor, estad contento! ella es toda vuestra; lo fué ayer por la lealtad, hoy por el corazon y por el alma.

“¡O encantos de la primavera, de la juventud y de la bondad, copas embriagadoras donde se bebe á tragos la esperanza y el porvenir! ¡Oh, Señor! á vuestro aspecto, yo he visto que os bendecian los que ayer tenían por perdida la patria, y al oiros, han exclamado con conmovido acento: “el Señor ha tenido piedad de nosotros.”

“Señor, estad contento! todo el pueblo os pertenece. Y cuando mas tarde recorrais vuestro espléndido Imperio en medio de los gozosos gritos de este pueblo delirante, acordaos, Señor, de la fiel Orizaba, de sus bosques de naranjos eternamente verdes, de la ciudad donde nunca penetra el frio, y que quiere erigiros un Palacio dentro de sus muros.

“Todo esto que me transporta, me embriaga y me enagena ¿es una realidad, ó es acaso la ilusion de un hermoso sueño?

“Señor, sed feliz, porque este pueblo que afanoso seguía todos vuestros pasos, y que al pasar os saludaba con sus vivas, sometido desde su infancia al infortunio y á la servidumbre, ya no creía en nada, y nunca se dignaba saludar con sus aclamaciones á los mandarines que el azar, la fuerza ó las bajezas indignas solian arrojar como un fardo sobre su fatigada cabeza. ¡Oh, Señor! yo he sentido brotar las lágrimas á mis ojos, al ver que este pueblo á quien amo, os saludaba con alegres voces, á vos y á la bella compañera que derrama en torno suyo sus nativas gracias. Señor, estad contento! Señor bendito seais! Vos habeis despertado á todo un pueblo que dormía: vuestra soberana presencia ha hecho brotar la llama de la vida en un cuerpo mutilado que se creía muerto; y al sonido de vuestra voz este Lázaro abandonado ha arrojado su mortaja, y se ha levantado á responderos.

“Yo quisiera repetir lo que todos dicen; yo quisiera, Señor, poner á vuestros pies todas las ocurrencias del corazón que escuchan mis oídos, mostraros los ojos en que tan pronto brilla una lagrima como un rayo de esperanza y de alegría; yo quisiera contaros con cuanta tristeza todos decían ayer: “¡ay! partieron ya! Comprendedlo, Señor, por mis tiernos versos.

“Traed, traed, Señor, otra vez á vuestra adorada esposa á vuestra palpitante Orizaba que se embriagó con su presencia. Traedla á hollar con sus plantas nuestras alfombras de flores, á oír los trinos de nuestras aves, á ver nuestros límpidos arroyos y nuestras salvajes palmeras. Toda esta naturaleza la ofrecerá sus homenajes: los pájaros con sus cantos, las flores con su perfume, nosotros con nuestros alegres vítores aunque sean importunos. Este pueblo os llama ya su Padre, y tiene por Madre á vuestra digna compañera. Señor, este pueblo es bueno; Señor, estad contento! marchad, y él os sigue; mandad, y os obedece.

“El indio, este pensador profundo, este hombre de apacible frente que con aire impasible soñaba en lo pasado; este rudo trabajador, pobre desheredado que solo por un lado conocía la vida, el lado de la desgracia, del desprecio y de la injuria; este ilota tan dulce, á quien por una impostura se ha querido privar de espíritu y de razón, y que se ha dejado dominar á fuerza de ser bueno; Señor, vos le habeis levantado, vuestra soberana mano le ha restituido de un golpe á la familia humana. Señor, estad contento de este primer beneficio: el indio hará que seais **MAXIMILIANO EL GRANDE.**

“Orizaba, 4 de Julio de 1864.”

SS. MM. quedaron satisfechos del recibimiento que encontraron en Orizaba, y el Emperador quiso honrar á la ciudad y al distrito nombrando

caballero de la Orden de Guadalupe al Sr. Seoane, como se vé por la siguiente comunicacion:

“Ministerio de Estado.—Orizaba, Junio 2 de 1864.

“SS. MM. nuestros Augustos Soberanos, al separarse de esta ciudad, me encargan manifieste á los habitantes y autoridades del distrito por conducto de V. lo satisfechos que están del cordial recibimiento que han encontrado en todo él, y del cual conservarán siempre un grato recuerdo.

“Me encarga igualmente S. M. el Emperador remita á V., como lo hago, el Diploma de Caballero de la Orden Imperial de Guadalupe con que se digna condecorarlo como representante de la ciudad y en prueba de su gratitud.

“Dios guarde á V. muchos años.—*Velazquez de Leon.*

“Señor Presidente del Ayuntamiento, Encargado de la Prefectura de Orizaba.”

Hé aquí ahora unas comunicaciones oficiales, en las que constan las gracias que el Emperador se dignó conceder á los presos y encausados:

“Juzgado de primera instancia del partido de Orizaba.—Orizaba, Junio 4 de 1864.

“Con suma satisfacción ha recibido el suscrito de S. M. el Emperador de México Fernando Maximiliano I, la atenta comunicacion que tengo la honra de transcribir á V., á fin de que se sirva mandar, si lo tiene á bien, se le dé publicidad por medio de la prensa, con el objeto de que el público se entere de tan magnánimo rasgo, propio de la nobleza de su corazón y de las virtudes que le adornan.

“Ministerio de Estado.—Orizaba, Junio 3 de 1864.

“Dispone S. M. el Emperador que en celebridad de su entrada á esta ciudad se ponga en libertad á los reos Pedro Flores, Felipe Garcia, Juan Reyes, Juan Prado, Jesus Delgado, Zeferino Hernandez, Joaquin Gonzalez, Margarito Paz y Matias Coronado, que segun el informe de su Juzgado, se hallan presos por delitos leves, y ha sido buena su conducta en la prision. Igualmente se pondrá en libertad á las seis mugeres que se encuentran presas por delitos correccionales.—Ordena igualmente S. M. en vista del referido informe, se dispense á Rosalio Gomez, Paz Gallardo y José María Alarcon, los dias que les faltan para cumplir las penas: se disminuya de su condena de la manera abajo espresada á los siguientes

reos:—A Manuel Tapia se le dispensan tres meses veintidos dias de prision.—A Buenaventura Larios se le dispensan diez y ocho meses.—Y á José María Bravo por su buena conducta posterior, y en atencion á hallarse inválido, se le dispensan cuatro años de presidio á que está condenado.—Respecto de los demas me encarga S. M. recomiende á V. active eficazmente las causas, y oportunamente oficiará al Tribunal de Justicia de Puebla para que haga lo mismo con los que tiene á su cargo.

Dios guarde á V. muchos años.—*Velazquez de Leon.*—Sr. Juez 1.º de lo Criminal.”

“En la visita de cárceles practicada hoy á los doce del dia, se dió en alta voz lectura á tan alto documento, haciendo inmediatamente salir de la prision á los reos agraciados, quienes como una muestra de su gratitud, y la prision en general, victorearon á S. M. nuestro augusto Emperador. Y al tener la satisfaccion de comunicar á V. tan grato acontecimiento, le protesto mi aprecio y atencion. El Juez 1.º de primera instancia, *Luis G. Suarez Peredo.*—Sr. Prefecto Político del Canton.—Presente.”

Ya dijimos que el Emperador habia mandado entregar al Prefecto municipal trescientos pesos para los hospitales y pobres. Esta es la comunicacion que le dirigió el Sr. ministro de Estado al remitirselos:

“Ministerio de Estado.—Orizaba, Junio 2 de 1864.

“S. M. el Emperador, como prueba del interés que toma por la ciudad de Orizaba, en cuyos habitantes ha encontrado tan buenas disposiciones para secundar sus benéficas miras y leales intenciones de procurar el bienestar y engrandecimiento del pais, ha dispuesto remita á V. de su peculio personal la cantidad de mil y quinientos francos, destinando quinientos al Hospital de mugeres, quinientos al de hombres, y los quinientos restantes al auxilio de las personas necesitadas de esta ciudad. Remito á V., pues, dicha suma para que se le dé el indicado destino, segun la voluntad de nuestro generoso Soberano.

“Dios guarde á V. muchos años.—El ministro de Estado, *Velazquez de Leon.*—Sr. Presidente del Exmo. Ayuntamiento de Orizaba.”

El Sr. Herrera, despues de entregar cien pesos á cada uno de los Hospitales, distribuyó los otros ciento entre las personas siguientes, dando cinco pesos á cada una:

D.ª María Antonia Fernandez.
D.ª Francisca G. de Gomez.
D.ª Lina Rodriguez.
D.ª Guadalupe Torres.
D.ª Paula Montañó de Flores.
D.ª Mariana Cortés.
D. Juan Manuel Vargas.
D. Ignacio Avila.
D. José Miguel Mendoza.
D.ª Luz Macedonia.
D.ª Rafaela Ayala.
D. Felix Mendarte.
D.ª Mariana Ansures.
D.ª Guadalupe Riverá.
D.ª Ana María Suárez.
D.ª Secundina Santella.
D.ª Mariana Bezares.
D.ª Mariana Iris.
D.ª Laura Suarez.
D.ª Ponciana Vaiva.

El mismo dia que llegaron SS. MM. á Orizaba, la Emperatriz nombró Damas de Palacio á las Sras. D.ª Josefa Carrasco de Salas y D.ª Concepcion Tagle de Adalid. Estas Señoras habian venido con la familia del general Almonte á recibir á los Soberanos, y empezaron en Orizaba á desempeñar sus funciones.

Entre otras gracias que concedió el Emperador en aquellos dias, una fué nombrar caballero de la Orden de Guadalupe al Sr. D. Tomas Grandison, Administrador de la fabrica de Cocolapam.

Los habitantes de esta ciudad veian con tristeza acercarse el momento de la partida. Habian visto á los Soberanos derramar en torno suyo beneficios y consuelos, é inspirar con su presencia el contento y la esperanza que jamás habia conocido la generacion presente. Tuvieron sinembargo que resignarse, porque los Príncipes iban á llenar mas allá su mision paternal y reparadora. Vamos á relatar algunos pormenores de la despedida.

A las siete de la mañana del viernes 3 de Junio, la calle Principal estaba llena de gente, que se agolpaba con afan delante del Palacio. Poco despues la comitiva imperial se puso en marcha enmedio de las salvas de artillería, del repique de las campanas, del estrepito de los cohetes y del es-